

Santiago hizo un movimiento de cabeza acompañado de una sonrisa que quería decir :

— Perded cuidado, maestro.

Chicot, siempre con la misma lentitud y circunspección, se puso en guardia, tendiendo sus largos brazos y zancas, que, por un milagro de precisión, dispuso de manera que no se percibiese su enorme resorte y su incalculable desarrollo.

## V.

## La Lección.

La esgrima, en aquella época de que no sólo tratamos de referir los acontecimientos, sino de pintar también sus costumbres, no era lo que es hoy. Las espadas eran de dos filos, y se hería con ellas casi tantas veces de corte como de punta. Además, armada la mano izquierda de una daga, era á la vez defensiva y ofensiva, resultando de ahí una multitud de heridas ó de arañazos, que en un combate real eran un poderoso motivo de excitación. Quelus, á pesar de que perdía su sangre por diez y ocho

heridas, se mantenía aun en pie, seguía combatiendo, y no hubiera caído, si una décimonona herida no le hubiera postrado en cama, de la que sólo salió para el sepulcro.

La esgrima, traída de Italia en la infancia del arte, consistía en aquella época en una multitud de evoluciones que hacían perder considerablemente el puesto al tirador y debían encontrar, en un terreno elegido por casualidad, mil obstáculos en las desigualdades de éste.

Chicot no parecía haber aprendido la esgrima en aquella escuela; al contrario, cualquiera hubiera dicho que había presentido el arte verdadero, cuya superioridad, y particularmente cuya gracia, consistía en la agilidad de las manos y en la inmovilidad casi completa del cuerpo. Se puso en guardia recto, y firme sobre ambas piernas, con una muñeca flexible y nervuda á la vez, con una espada que parecía un flexible junco, desde la punta hasta la mitad de la hoja, y que era de incontrastable acero desde la empuñadura hasta dicha mitad.

Á los primeros quites, viéndose Santiago que se las había con un hombre de bronce cuya muñeca era la única parte de su cuerpo que parecía ani-

mada, experimentó una impaciencia terrible, que no produjo en Chicot otro efecto que el de recoger su brazo y su pierna al menor descubierto que le dejaba el manejo de su adversario, descubiertos que eran frecuentes, en razón de la costumbre de atacar de corte y de punta. Á cada vez que se descubría, el brazo de Chicot se alargaba tres pies, y daba rectamente en el pecho de su adversario un botonazo tan metódico como si lo dirigiese una máquina y no un órgano de carne incierto y desigual.

Santiago, á cada botonazo que sentía, daba un salto hacia atrás con los ojos inflamados de cólera y de emulación.

Por espacio de diez minutos desplegó todos los recursos de su agilidad prodigiosa; lanzábase á su contrario como un gato montés, enroscábase como una culebra, se deslizaba bajo el pecho de Chicot, saltaba á derecha é izquierda; pero este último, fiado en su propia calma y en la longitud de su brazo, elegía ocasiones favorables, y al mismo tiempo que se separaba de su cuerpo el florete del fraile imprimía el terrible botón en el punto que quería.

El hermano Borromeo estaba pálido y sentía

hervir en su pecho todas las pasiones que poco antes le habían excitado.

En fin, Santiago se abalanzó por última vez sobre Chicot, que al verle sin el aplomo debido, se presentó en descubierto para obligarle á partir á fondo. Santiago cayó en el lazo, atacó con furor, y Chicot con un quite vigoroso y diestro, separó al pobre discípulo de la línea de equilibrio de tal modo, que no pudo sostenerse y cayó.

Inmóvil Chicot como una roca, permaneció en su puesto.

El hermano Borromeo se mordió los dedos hasta hacerse sangre, y le dijo :

— Por cierto, caballero, que nos habéis hecho saber que sois un maestro de esgrima consumado.

— ¡ Eh, eh ! — exclamó Gorenflot, atónito pero triunfante por un sentimiento de amistad fácil de comprender. — Si nunca sale...

— Soy un pobre diablo, — añadió Chicot : — ¿ cómo queréis que el obscuro Roberto Briquet merezca la calificación que le dais ? Me confundís, señor tesorero.

— Pero no hay duda, — repuso éste, — que es

preciso haberse ejercitado mucho para manejar la espada como vos.

— En efecto, — dijo Chicot con la mayor naturalidad, — he manejado la espada algunas veces, y al manejarla siempre he observado una cosa.

— ¿Cuál ?

— Que para el que tiene la espada en la mano, el orgullo es muy mal consejero, y la cólera un auxiliar sumamente perjudicial. Ahora escuchadme, hermano Santiago ; vuestra muñeca es buena, pero os faltan piernas y cabeza ; sois ligero, pero no reflexionáis. En el manejo de la espada deben considerarse tres cosas esenciales : en primer lugar la cabeza, después la mano y luego las piernas ; con la primera puede un hombre defenderse, con la primera y la segunda puede vencer, y si reúne las tres cosas, vencerá siempre.

— ¡ Ah, caballero ! — le dijo Santiago, dad un asalto con el hermano Borromeo, porque nos haréis pasar un rato delicioso.

Chicot iba á rehusar con desdén aquella proposición, pero reflexionó que esto sería conceder al orgulloso tesorero una ventaja sobre él.

— Con mucho gusto, — respondió, — si el her-

mano Borromeo consiente en ello, estoy á sus órdenes.

— De ninguna manera, — replicó el tesorero, — porque me venceríais, y más quiero confesarlo que hacer la prueba.

— ¡ Oh, qué modesto, qué amable! — exclamó Gorenflot.

— Te engañas, — le dijo al oído el implacable Chicot; — es un loco vanidoso; si á mí en su edad se me hubiese presentado una ocasión semejante, hubiera pedido de rodillas la lección que Santiago acata de recibir.

Y diciendo y haciendo recobró su joroba, volvió á aparecer con sus piernas torcidas y su mueca eterna, y se sentó de nuevo en el banco.

Santiago le siguió, pues la admiración podía más en él que la vergüenza de la derrota.

— Os suplico que me deis lecciones, señor Roberto, — le dijo, — pues me figuro que el reverendo prior lo permitirá. ¿ Es cierto?

— Sí, hijo mío, con mucho gusto, — le contestó Gorenflot.

— Yo no quiero enmendar la plana á vuestro

profesor, amigo mío, — repuso Chicot saludando á Borromeo.

— ¡ Oh! No soy el único maestro de Santiago, — dijo el tesorero, — porque hay otro que enseña también en el convento el manejo del arma; por consiguiente, no habiendo sido el honor exclusivamente mío, tampoco puede serlo su vencimiento.

— ¿ Y quién es el otro profesor? — se apresuró á preguntar Chicot, conociendo por el semblante de Borromeo que éste acababa de cometer una imprudencia.

— Ninguno, ninguno, — respondió Borromeo.

— Sí tal, sí tal, — replicó Chicot; — le he oído perfectamente. ¿ Quién es el otro maestro, Santiago?

— ¡ Ah! Ya me acuerdo, — añadió Gorenflot; — aquel hombrecillo grueso que me habéis presentado, hermano Borromeo, y que suele venir algunas veces; buena catadura tiene por cierto, y bebe regularmente.

— No recuerdo ya su nombre, murmuró Borromeo.

Al oír esto el hermano Eusebio, se acercó con

sencillez con su cuchillo pendiende del cinturón y la risa en los labios, diciendo:

— Yo lo sé, yo lo sé perfectamente.

Borromeo le hizo multiplicadas señas, pero no reparó en ellas, y añadió:

— Se llama maese Bussy-Leclerc, y ha sido maestro de esgrima en Bruselas.

— ¡Hola! hola! — exclamó Chicot. ¡Maese Bussy-Leclerc! ¡Buena espada á fe mía!

Y al hablar de este modo con toda la naturalidad de que era capaz, no perdía de vista las furibundas miradas que el hermano Borromeo dirigía al malaventurado charlatán.

— ¡Toma! — observó Gorenflot; — pues tampoco sabía yo que se llamase Bussy-Leclerc; sin duda se han olvidado de informarme de esa circunstancia.

— Se me figuraba que su nombre no podría interesar á vuestra reverencia, — dijo Borromeo.

— Efectivamente, — añadió Chicot, — ¿Qué importa que se llame Juan ó Pedro? Lo que interesa es que instruya bien á sus discípulos.

— Es verdad, es verdad, refunfuñó Gorenflot; — lo principal es que sepa su obligación.

Dicho esto, se dirigió á la escalera que conducía á su cuarto acompañado de la admiración general de los frailes.

Al pie de la escalera reiteró Santiago su demanda á Chicot con visible disgusto de Borromeo, pero Chicot le dijo:

— No sé enseñar, amigo mío, pues me he formado yo solo por medio de la reflexión y de la práctica: haced como yo, porque vuestro mismo empeño os sacará adelante.

Borromeo mandó entonces una evolución, y todos los frailes se fueron á sus respectivos aposentos. Gorenflot se apoyó en el brazo de Chicot, y subió majestuosamente la escalera.

— Me parece, — dijo con orgullo, que tenemos un convento enteramente adicto al servicio del rey, y útil para algo. ¿Eh?

— ¡Ira de Dios! Ya lo creo, contestó Chicot: — se ven buenas cosas en esta santa casa.

— Pues todo se ha hecho en un mes... ¿Qué digo? En menos de un mes.

— ¿Y lo habéis hecho vos?

— Yo, yo solo, como lo veis.

— Es mucho más que lo que yo esperaba, amigo mío; y cuando vuelva de mi misión...

— Es verdad, querido amigo; hablemos de eso.

— Con tanto mayor gusto, cuanto que debe enviar al rey un mensaje, ó más bien un mensajero, antes de mi partida.

— ¡Al rey! ¡un mensajero al rey! ¿Luego estás en correspondencia con el rey?

— En correspondencia directa.

— ¿Y dices que necesitas un mensajero?

— Sí.

— ¿Quieres enviar á alguno de mis frailes? ¡Oh! Sería grande honor para el convento el que uno de nuestros hermanos viese al rey.

— Seguramente.

— Pues bien; voy á poner á tus órdenes las mejores piernas del priorato; pero cuéntame, Chicot, cómo ha sido que el rey, que te creía muerto...

— Ya te dije que sólo me proponía resucitar cuando fuese necesario.

— ¿Y has resucitado para entrar en favor?

— ¡Oh! Mucho mayor que antes.

— Es decir, que bien podrás enterar al rey de todo cuanto hacemos aquí por su propio interés.

— No dejaré de hacerlo, amigo mío, puedes estar seguro de ello.

— ¡Querido Chicot! — exclamó el buen prior creyéndose ya obispo.

— Pero antes tengo que pedirte dos cosas.

— Habla.

— En primer lugar algún dinero, que el rey te devolverá.

— ¿Dinero? — dijo Gorenflot levantándose con precipitación: — afortunadamente tengo atestados los cofres...

— Eres feliz, ¡ por Dios vivo!

— ¿Quieres mil escudos?

— No, no, querido amigo; eso es demasiado, y yo soy modesto en mis gustos y humilde en mis deseos; el título de embajador no me ensoberbece, y más bien lo oculto que hago ostentación de él. Cien escudos me bastarán.

— Aquí los tienes. ¿Qué más?

— Un escudero.

— ¿Un escudero?

— Sí; para que me acompañe, porque soy muy aficionado á la sociedad.

— ¡Ay, caro amigo! — murmuró Gorenflot arro-

jando un suspiro. — ¡ Si yo estuviese libre como en otro tiempo !

— Sí, pero no lo estás.

— La grandeza me tiene encadenado.

— No puede poseerse todo á la vez, y ya que no puedo contar con tu amable compañía, mi muy querido prior, me contentaré con la del hermano Santiaguillo.

— ¡ Santiaguillo !

— Sí, me agrada mucho ese mozalvete.

— Y tienes razón, Chicot ; es joven de provecho, y creo que hará fortuna.

— Por lo pronto voy á llevarle á doscientas cincuenta leguas de aquí si conviene en ello.

— Dispón de él á tu gusto.

El prior tiró de una campanilla, y al punto se presentó un lego.

— Que suban el hermano Santiago y el encargado de las comisiones del convento en la ciudad.

Diez minutos después estaban los dos en el aposento del prior.

Santiago, — dijo éste, — voy á daros una comisión extraordinaria.

— ¿ Á mí, reverendo padre ? — preguntó el joven admirado.

— Sí ; debéis acompañar en un largo viaje al señor Roberto Briquet.

— ¡ Oh ! — exclamó el hermano con un entusiasmo salvaje. — ¡ Yo de viaje con el señor Briquet ! ¡ Yo al aire libre por ese mundo ! Señor Roberto Briquet, nos ejercitaremos todos los días en el manejo de armas, ¿ no es verdad ?

— Sí, hijo mío.

— ¿ Y podré llevar mi arcabuz ?

— Lo llevarás.

Santiago dió un salto enorme, y desapareció del aposento dando gritos de alegría.

— En cuanto á la comisión para la ciudad, — dijo Gorenflot á Chicot, — puedes dar tus órdenes á ese otro fraile : acercaos, hermano Panurgo.

— ¡ Panurgo ! — murmuró Chicot, en quien este nombre despertó recuerdos que no estaban exentos de dolor, — ¡ Panurgo !...

— ¡ Ah !... — dijo Gorenflot, — he elegido á este hermano, que se llama como el otro, para que haga exactamente lo mismo que aquél hacía.

— Luego nuestro antiguo amigo está fuera de servicio...

— Ha muerto... ha muerto...

— ¡ Ah ! — exclamó Chicot compadecido ; — el hecho es que debía hacerse viejo.

— Diez y nueve años, amigo... sólo tenía diez y nueve años.

— Es un caso de longevidad sorprendente, — observó Chicot ; — sólo un convento puede ofrecer ejemplos semejantes.

## VI.

## La penitente.

Panurgo, así llamado por el prior, se presentó al punto.

Por cierto que no era por su configuración moral ó física por lo que había sido elegido para reemplazar á su difunto homónimo, porque jamás cara más inteligente había sido deshonrada por la aplicación de un nombre de asno.

Á lo que el hermano Panurgo se asemejaba era á un zorro, en sus ojillos, su nariz puntiaguda y sus quijadas salientes.